

En Valderrubio, Granada

LA CASA DE BERNARDA ALBA

ANTONIO RAMOS ESPEJO

FRASQUITA Alba, que murió en 1924, no podía imaginar que aquel niño que iba a jugar al corral de sus primas, junto al pozo que compartían las dos familias, llevaría a su figura, sublimada, a una obra del teatro eterno. Tampoco Federico sabía que esa iba a ser su última obra. Sólo dos meses después de fechar *La Casa de Bernarda Alba* (19 de junio de 1936), su vida sería trágicamente cortada. Desde entonces, Frasquita, con el nombre de Bernarda y su vida parte real y parte ficción del autor, y Federico pasaban a la historia.

Como *Bodas de Sangre*, extraída de un suceso periodístico ocurrido en el Campo de Nijar; como *Yerma*, imaginada en la Romería del Cristo del Paño de Moclin; *La Casa de Bernarda Alba* pertenece a Valderrubio, un pueblo del municipio de Pinos Puente, muy cerca de Fuente Vaqueros, en el centro de una vega feraz, donde el padre de García Lorca, don Federico, el mayor de toda la saga de los García, era un potentado propietario.

Cuando mis padres se trasladaron a Granada (1908), volvíamos los veranos, no ya a Fuente Vaqueros, sino al vecino pueblo de Valderrubio, donde mi padre había adquirido fincas. Los viajes entre un pueblo y otro eran fáciles y frecuentes, y toda la familia solía reunirse el día de San Federico en nuestra casa. Eramos más de cuarenta primas hermanos, de todas edades, y a la muchedumbre familiar había que añadir las consortes de los ya casados, las amas de los recién nacidas, los conductores de coches y vehículos. Más tarde mi madre recordaba la celebración del día de San Federico no sin cierto horror, pues había que contar también con los vecinos del pueblo, que casi en masa acudían a felicitar a mi padre, no sin haber mandado antes un par de gallos —algunos gigantes—, botellas de anís o panes de bizcocho, cestas de fruta escarbachada...» (Francisco García Lorca, en «Federico y su mundo»).

Los García eran los ricos agricultores del pueblo. En la calle Real de Valderrubio tenía don Federico su casa —hoy la familia la ha cedido a los

socialistas para Casa del Pueblo—; y en la calle perpendicular, de la Iglesia, se encontraba (hoy propiedad de la misma familia) la casa de Frasquita Alba, que lindaba con la de una hermana de don Federico, la de los Delgado García, primos hermanos de los García Lorca. Frasquita y los Delgado compartían en la linde de los corrales un pozo. Y Federico iba allí a jugar, a visitar a sus primos y, en su curiosidad de niño, acrecentada ya de mayor, le quedó grabado el ambiente de la casa de una viuda con cinco o seis hijas casaderas, en ambiente de lutos, como era normal en las familias de la época. Todavía las dos familias comparten el pozo de agua, pues en Valderrubio todavía no hay agua potable en las casas y tienen que extraerla de los pozos particulares o comprarle a un camión cisterna que viene de Granada a venderla a dieciséis pesetas la arroba.

De Valderrubio, de otras aldeas rurales, de pueblos y cortijos, nacen los perso-

najes lorquianos, calcados de la realidad. Frasquita, que es Bernarda; Pepe el Romano, que aparece (citado en la obra, aunque no en escena) con su nombre, como casi todas las hijas de *La Casa*, como Poncia, la criada, Prudencia, María Josefa... Como el luto, la vida oculta, las amas, las criadas, los amores de reja, las muchachas suspirando por el mozo que cruza a caballo o los segadores que vienen de fuera; con los conflictos eróticos y de intereses de una aldea rural.

La Casa de Bernarda Alba, el inmueble, aún sigue habitado por una nieta de Frasquita. En una ocasión acudi-

Mia Farrow, en primer término, y Morag Hood en una escena de la adaptación que hizo Robert Philips de «La casa de Bernarda Alba».





La casa de la izquierda es la de Frasquita Alba, la otra es la de los primos de Federico García Lorca, los Delgado García. Las dos familias compartían y siguen compartiendo hoy el mismo pozo.

mus a visitarla, acompañados de un amigo de Fuente Vaqueros, Armando López-Murcia y yo.

—Yo no quiero hablar de eso... —nos dijo la mujer, que se sentía dolida por la obra, aunque a decir verdad Federico sólo se sirvió de la ambientación para contar la vida del pueblo, introduciendo en la casa detalles y personajes comunes en Valderrubio o los alrededores, o creados por el autor.

Todavía hoy ese ambiente rural, con olor a campo, vega, agua y alamedas, se respira por las calles de Valderrubio, aún sin asfaltar. Y la gente comenta las mismas historias, que pasaron de padres a hijos y que se han immortalizado en *La Casa de Bernarda Alba*.

Con Frasco, en la fuente La Teja

«Aquí mismo, donde yo estoy sentado, estaba la era de don Federico. Todas las casas de esta calle se construyeron en su terreno. Cuando llegó el 36, él liberó a la gente de pagarles el valor de la tierra. Don Federico era un hombre bueno. Y muy buena, muy buena su mujer, doña Vicenta. El padre de Federico prestaba dinero, hacía mucho bien en Valderrubio», dice Frasco —Francisco Santalla Sán-

Febrero 1981

chez—, de 77 años, uno de los amigos de Federico García Lorca que quedan en el pueblo.

Ni los años de la dictadura impidieron que a aquel lugar los vecinos de Valderrubio le llamaran «D. Federico» y así figura en un rótulo, dando nombre a la calle. Frasco quiere que le acompañe a la *Fuente La Teja*, donde Federico se reunía con los amigos. Frasco se hace acompañar de sus nietos porque apenas puede dar un paso.

La Fuente La Teja es un nacimiento a la orilla del río Cubillas, muy cerca del pueblo, en una desviación de la carretera de Fuentevaqueros, rodeada de choperas.

—La Teja la destrozaron esos..., se queja Frasco.

Y el Cubillas corre turbio, con los peces muertos de los residuos de las fábricas molturadoras de aceituno. Pero, el lugar conserva las imágenes lorquianas de las alamedas en la vega fresca.

—Aquí veníamos con Federico cuando estaba en el pueblo, porque los veranos los pasaba casi siempre en el cortijo Daimuz. El tendría entonces veinte años y yo era más jovencillo. Con todos nosotros bajaba a la fuente y luego se sentaba en el balate a hablar. Era amigo de todo el mundo y más bueno y más honrao... Cuando

tenía que escribir mucho, entonces se iba un poco más allá, y se iba solo, en medio de las choperas, en lo *jondo*...

—Y ustedes le contarían cosas de la vida del pueblo.

—El sabía más que nosotros. No ve usted que hablaba con todo el mundo. Pero, él era el que nos contaba más cosas a nosotros, no ve usted que sabía muchísimo.

—Pero, las cosas de campo...

—Las oía por ahí, en el campo, en el cortijo.

—¿Y lo de *Bernarda Alba*?

—Eso se enteraría por el pozo. Si tenían las casas juntas y por el pozo se enteraban de lo que pasaba.

—Federico habla de los segadores que venían de fuera.

—Si es verdad que venían aquí muchos, de Montefrío y esos pueblos de los Montes. Se juntaban muchos por estos contornos.

*«Ya salen los segadores
en busca de las espigas;
se llevan los corazones
de las muchachas que miran».*

La Casa de Bernarda Alba transpira campo, vega granadina: «Me llegué a ver si habían puesto las gallinas», que Federico había oído tantas veces en el cortijo Daimuz. El caballo garabón, que está encerrado y da coces

LA CASA DE BERNARDA ALBA

contra el muro» —Vais a echarle las potras nuevas. «Quizás una mulilla sin desbravar». «¡Estaba con él! ¡Mira esas enaguas llenas de paja de trigo!».

—A Federico le gustaba estar con la gente del pueblo —añade Frasco—. Yo me acuerdo también de estar aquí en la era con él cuando estaban aventando.

—¿Ha leído sus obras?

—Yo no sé leer. A mí Federico me regaló un libro, pero un amigo se lo llevó y no me lo ha devuelto. Pero, yo lo veía escribir, y me contaba cosas... ¡Qué lástima de hombre! Y dicen que fueron de carrera los que lo mandaron matar.

La prima Clotilde García

Al otro lado de la vega granadina, la *Huerta del Tamarit*, donde Federico escribió «El diván del Tamarit», junto a su prima Clotilde García Picossi, años mayor que el poeta, y que ejerció como otras primas (Elena, Isabel y Mercedes, ésta ha muerto recientemente en Fuente Vaqueros, y Mercedes, la mayor) mucha influencia en la obra de Federico. Muchas cosas que contaba Clotilde, Federico las pasaba a sus personajes, como ella misma recuerda en el caso de una de las protagonistas de *La Casa de Bernarda Alba*. Clotilde, una figura entrañable, joya de recuerdos, conserva una cabeza lúcida «Y yo río y lloro», dice cada vez que evoca la memoria de su primo Federico:

«Yo me acuerdo que Federico trabajó conmigo en un teatro que hicimos en Fuente Vaqueros. Había un señor que les gustaba mucho el teatro; era hijo de un boticario. Y dispuso que representáramos «La alegría de la huerta». Entonces, sacaba yo a mi primo cogido de la mano. Yo tenía ocho o diez años, y Federico, muy chiquillo, iba de mi mano vestido de gitano. Salía una gitana cantando con sus churumbeles. Y Federico era uno de los churumbelillos. Era un teatro por gusto. Hicimos también «El monaguillo» y otras... Hacíamos el teatro en el corralón. La gente nos veía hasta desde los tejados. Ya dimos sesiones por dinero y todo. En Fuente Vaqueros había mucha afición al teatro. Y los García todos muy aficionados, porque cantaban y tocaban la guitarra muy bien. Ló nuestro viene ya de largo, de los antiguos. Vivíamos entonces todos en Fuente Vaqueros. Mucha tierra que teníamos allí, en el Soto de Roma. Pero, como aquello no era propio, sino del duque de Wellington, compramos en la vega de Zujaira, en Valderrubio y en Fuente Vaqueros nos quedamos con la casa.

Tenemos la propiedad en la vega de Zujaira, cortijo Daimuz. Y también en la Huerta del Tamarit. En el Tamarit pasaba Federico muchos ratos...

«Por las arboledas del Tamarit han venico los perros de plomo a esperar que se caigan los ramos, a esperar que se quiebren ellos solos.»

«... Por las arboledas del Tamarit hay muchos niños de velado rostro a esperar que se caigan mis ramos, a esperar que se quiebren ellos solos.»

Federico venía al Tamarit porque me quería mucho. Se reía de mis cosas».

Se puso el vestido nuevo para que la vieran las gallinas

Clotilde, que es una mujer que contagia alegría, se ríe al recordar aquellas cosas que le contaban a su primo.

—¿Sabes la anécdota del vestido? Pues la protagonista de eso fui yo. Y él se lo colocó a Adela en «*La Casa de Bernarda Alba*». Se había muerto mi abuela, un 15 de diciembre, cuando yo tenía quince años. Me habían hecho a mí dos vestidos muy bonitos para la Pascua, que los habían traído de Granada. Y no era cosa de ponerse de color. Entonces se ponía una un pañuelo negro en la cabeza... ¡Nueve meses de luto por una abuela! Por un padre, cinco, seis años, toda la vida... Era una cárcel llevar el luto. Yo tenía aquella ropa tan bonita. Y no podía estrenar aquel vestido. Entonces cogí y me vestí con todos los abalorios que tenía... ¡Ja, ja, ja...! Con muchos adornos, muchas cosas, los zapatos de color! Nosotros teníamos allí la casa más hermosa de Fuente Vaqueros. Me vestí y me salí al corral. ¡Pío, pío, pío...! ¡Para que me vieran por lo menos las gallinas! Como no era cosa de salir a la calle... ¡Pío, pío, pío...! ¡Ja, ja, ja...!»

Federico García Lorca traslada la anécdota que le cuenta su prima Clotilde a *La Casa de Bernarda Alba*:

«Martirio.—¡Y Adela?

Magdalena.—¡Ah! Se ha puesto el traje verde que se hizo para estrenar el día de su cumpleaños, se ha ido al corral y ha comenzado a voces: ¡Gallinas! ¡Gallinas, miradme!».

Me he tenido que reír.

Amelia.—¡Si la hubiera visto madre!

...

Amelia.—¡Si te ve madre te arrastra del pelo!

Adela.—Tenía mucha ilusión con el vestido. Pensaba ponérmelo el día que vamos a comer sandías a la noria. No hubiera habido otro igual.»

«Así estrené yo mi vestido —añade Clotilde—. Porque si no, no me lo pondría nunca. Si con catorce o quince años te cogía un luto... ¡Madre mía! Porque yo estuve de negro, yo qué sé el tiempo...»

Dolores «La colorina»

La tía Clotilde, como se la conoce en la familia, con su pelo blanco, de nácar, juega con los recuerdos como si fuera una niña, saltando por la vega granadina.

«De nosotros, cogió Federico muchísimas cosas. El le ponía nombre a todo. ¡Ja, ja, ja...! Se pirraba por estar con nosotros. Donde él llegaba estaba la diversión andando. ¿Que si tenía influencia de las criadas? Muchísima, muchísima... Tenían una mujer que fue la que crió a Paco. Después se quedó en la casa y ya estuvo toda la vida en la casa con ellos. Dolores «*La Colorina*», que era de Láchar. Hace ya tiempo que se murió. Dolores le contaba cosas y hacía lo que Federico quería. Una noche le puso en la cabeza un plumero, y vestida de máscara, sin ser carnaval ni nada parecido, y le hizo que fuera por un periódico al quiosco, que estaba a la entrada de la carrera. Y fue ella por toda la calle llamando la atención. Y él que vivía aquí más abajo... ¡Ja, ja, ja... Que tenía una risa... Federico tenía una risa cascabelera. ¡Ja, ja, ja...! De ver a Dolores... A él le obedecía todo el mundo.»

De Dolores «*La Colorina*» escribe Paco García Lorca: «Durante los ocho o nueve años que vivimos en la Acera del Darro desfilaron por nuestra casa criadas de distintas partes de la Vega, a quien mi hermano (lo ha dejado escrito) debía mucho, por haber aprendido de ellas canciones, romances y melodías populares. Pero ningún personaje ha significado tanto como Dolores, a quien en su pueblo, Láchar, llamaban «*La Colorina*».

Vino Dolores a casa a amamantarme a mí, cuando mis padres, pues, aún vivían en Fuente Vaqueros...

Yo recuerdo siempre a Dolores vestida de negro, lo que no iba con su carácter alegrísimo. Tenía un lenguaje pintoresco; algunas expresiones suyas han pasado a la obra de Federico. Todas las criadas de su teatro tienen un vago eco de este personaje real, que llega casi a identificarse con la criada de *Doña Rosita*. La adhesión de Dolores hacia nosotros cuatro rayaba en el exceso, pues era capaz de



Clotilde García Picossi: su primo Federico trasladó anécdotas de su vida a los protagonistas de «La casa de Bernarda Alba».

plegarse totalmente a nuestros deseos. No había feria, paseo, circo, espectáculo o procesión al que no estuviera dispuesta a llevarnos...»

En el homenaje en Barcelona tras el estreno de *Doña Rosita la Soltera*, Federico exaltó a «esas criadas de su infancia «Dolores la Colorina», «Anilla la Juanera», que le enseñaron oralmente los romances, leyendas y canciones que despertaron su alma de poeta».

La tía Clotilde explica que a los García «la gracia nos viene de los antiguos, y de las cosas del campo. Todas aquellas hazas, a los dos lados de la entrada a Valderrubio eran de mi tío Federico. En Valderrubio vivieron ellos y mi prima Mercedes, que la quería mucho. Mis otras primas, Elena, Isabel y Mercedes, en Fuente Vaqueros. Estas tenían muchísimo contacto con Federico. Allí formaban un tangai... Ellas tienen dos cuadros pintados por él, un payaso y jarrón de flores... De las criadas de su casa también tuvo mucha influencia. Esas cosas de las criadas, cuando dicen

«Que se hagan la puñeta». ¿Ahora que no nos oyen, vamos a sacar el chorizo de la orza! ¡Ahora nos vamos a hartar de comer!». Y la hermana de mi padre, la tía Frasquita, uff... Que tenía una buena sombra y sabía todos los chismes y los cuentos del pueblo. Cuando venía aquí a Granada, decía la madre de Federico: «le ponéis una cama aquí». Porque se tiraba toda la noche contando cosas del pueblo, como los apodos «Apáseñe usted»... En Fuente Vaqueros hay apodos como en ninguna parte... Qué cosas pasaban entonces... Un día me dijo Federico: «Prima, he parao la feria». ¿Cómo? «Que he parao la feria». Que me puse a hablar en un chalé y paré la feria». Paró la música, los columbios y paró todo el mundo. Y no se sentía una mosca. Fuente Vaqueros es un pueblo muy bonito, con una gente muy alegre, una gente muy llana, muy acogedora... Federico era un encanto. Cantaba y tocaba la guitarra con un gusto... A él no le gustaba mucho estudiar. Si Federico cisi hizo la carrera de mogollón. Por-

que su padre se empeñó y ya... Con Carmen Ramos también se reía mucho. Si se criaron juntos. La pobre murió. ¡Qué lástima de hijo! Era un cobardón... Lo que sufriría aquella criatura metida entre aquellos fariseos. Tan bueno, tan cariñoso, tan alegre...»

«Teníamos un pozo que compartíamos las dos familias»

Mercedes Delgado García, prima hermana de Federico, la mayor de todas las primas, la mujer más anciana de Valderrubio, 93 años, vivía tabique por tabique con la casa de Frasquita Alba. Mercedes vive ahora, desde hace quince años, en Sevilla, con su hija Adela, que es profesora en la Escuela Universitaria del Profesorado.

«Nosotros vivíamos en la casa que hay junto a la de Frasquita Alba, vecina de toda la vida. Teníamos un pozo, que compartíamos las dos familias. Bueno, y todavía. La casa es ahora de mi hermano Paco, que nosotros se la cambiamos por la otra que hay al lado porque nos interesaba más y allí vamos todos los veranos. Aquel pozo es buenísimo. Jamás se ha secado. Es el único pozo obrado en piedra que hay en todo el pueblo. Ahora está hecho polvo. Pero, todavía le sirve a nuestra vecina Carmela, que saca el agua con la garrucha y la sogá-, dice con mucha dificultad Mercedes, auxiliada por su hija Adela, que no ha perdido ese acento sano, espontáneo y sonoro de la vega granadina.

Mercedes recuerda cuando su primo Federico frecuentaba su casa y conocía a sus vecinas, como es normal en un pueblo pequeño. Y aquellas temporadas en el cortijo Daimuz «donde nos íbamos toda la familia a sacar el verano».

Valderrubio se llamaba antes Asquerosa. Cuando los amigos de Federico en la *Residencia* de Madrid, bromaban con el poeta sobre el nombre del pueblo, él explicaba su teoría de que no era «Asquerosa», sino «Arguesosa». El nombre le fue cambiado el 15 de agosto de 1943.

Pepico el de Roma

El protagonista invisible en *La Casa de Bernarda Alba* es *Pepe el Romano*. Un personaje que existió también en la realidad y que se casó primero con una hija de Frasquita Alba y, luego, enviudó, y se casó con otra. En el pueblo llamó la atención que dos

LA CASA DE BERNARDA ALBA

hermanas estuvieran enamoradas de aquel joven mozo, de la aldea vecina, Roma.

-De Pepe el Romano hasta me acuerdo yo..., dice Adela.

Y la madre, aclara:

-Le decíamos Pepico el de Roma. Y en la obra aparece como *Pepe el Romano*.

Pepe Delgado, hijo también de Mercedes, tiene grabado en la memoria aquellas escenas de niño cuando iban a ver el buitre que *Pepico el de Roma* había llevado a la casa. Este hombre, José Benavides murió en Granada en los años de la posguerra.

En la obra, *Pepe el Romano* llena todo el espacio, sin hombres, de las cinco hijas de *Bernarda Alba*. Magdalena le dice a sus hermanas:

«Pepe el Romano tiene veinticinco años y es el mejor tipo de todos estos contornos. Lo natural sería que te prendiera a ti, Amelia o a nuestra Adela, que tiene veinte años, pero no que venga a buscar lo más oscuro de esta casa, a una mujer que, como su padre, habla con las narices.»

-El no hablaba de que fuera a escribir esta obra -comenta Mercedes-. Federico recogía las cosas, le llamarían la atención... Yo me acuerdo cuando últimamente venía del extranjero cargado de plata.

-Yo veo mi pueblo -dice Adela- perfectamente retratado en la obra, aunque las cosas que pone en casa de Bernarda no eran las que ocurrían en casa de nuestras vecinas. El recogió algunas cosas y anécdotas de otras casas del pueblo y las metió allí.

Así ocurrió con *La Poncia*, que fue otro personaje real en la vida de Valderrubio, pero no estaba de criada en casa de Frasquita, sino en otra.

-Yo es que veo a mi pueblo -continúa Adela- captado con tanta claridad, con esas expresiones tan nuestras «han comido ya los hombres...» Esa vida tranquila y esa manía tan absoluta de limpieza, que aún perdura, y que se recoge en esas expresiones de *La Poncia*, que limpia las losetas, las orzas, el cobre... sacando brillo siempre. Eso perdura. Ha cambiado ese otro ambiente secreto, oscuro, tan perfectamente clavado en la obra. Todo mirado a través de una reja y en algunas casas ni eso. Todo cerrado. Algo horroroso.

«Nos hundiremos todos en un mar de luto»

¡Y el luto!

-¡Ufff...! Era no asomarse. Ni flores en la casa, ni macetas, ni nada que fuera una nota de color. Toda la vida

de luto. Un luto tras otros, como ocurría en algunas casas. Yo llevé tres años de luto por mi padre y te hablo de hace más de veinte años. Antes, eran cinco años por un padre, o más, una barbaridad. Pero, un luto de medias, de pañuelo en la cabeza... Un luto a rajatabla.

Bernarda, tras el entierro de su marido, advierte a sus hijas:

«... En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos, puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo...»

Al final de la obra, Bernarda es aún más severa ante la muerte violenta de la hija menor (Adela, uno de los nombres que en la realidad no corresponde a la casa, sí al pueblo):

«Nos hundiremos todos en un mar de luto.»

Cuenta Adela Delgado que ese ambiente de las criadas en las casas está también perfectamente descrito en la obra, pero «nosotros en Valderrubio no decimos criadas, sino *masas*... la *masa* de la tía Matilde, la *masa* del tío Frasquito, la *masa* del tío Federico, que era *La Colorina*. Yo veo mi pueblo por todas partes. Esa vida tan de secreto, de mirar entornando los postigos, por la reja. Y muchas veces se mandaba a la *masa* a la calle con cualquier pretexto para que se enterara quién era aquel que había *parao* en la calle...»

Un pasaje de la obra corrobora ese

ambiente, tan auténtico, cuando Bernarda encarga a *La Poncia*:

«¡Corre a enterarte de lo que pasa! (las mujeres corren para salir) ¡Dónde vais? Siempre os supe mujeres ventaneras y rompedoras de su luto. ¡Vosotras al patio!»

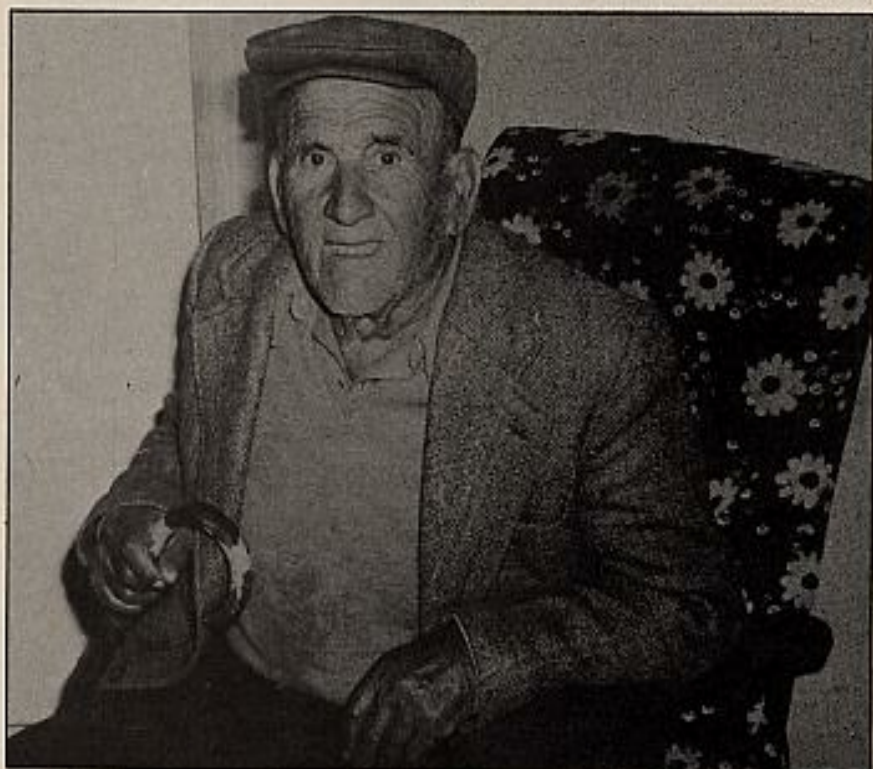
Y luego llega *Poncia* con la información:

«La hija de la Librada, la soltera, tuvo un hijo no se sabe con quién» (...) «Y para ocultar su vergüenza lo mató y lo metió debajo de unas piedras, pero unos perros con más corazón que muchas criaturas lo sacaron, y como llevados por la mano de Dios lo han puesto en el tranco de su puerta. Ahora la quieren matar. La traen arrastrando por la calle abajo, y por las trochas y los terrenos del olivar vienen los hombres corriendo, dando unas voces que estremecen los campos.»

«Mi sangre no se junta con la de los Humanos»

-Pero nuestro pueblo -le interesa aclarar a Adela- no era de caciques. No había esos problemas de clases. No había esa consideración de pobres y ricos. No como aquí, en las capitales «oiga, señora...», sino mucha confianza, mucha amistad... Eso al menos en nuestras casas.

Federico sí tenía conciencia, aunque en un ambiente muy relajado de relaciones ama-criada de la diferencia de unos y otros, de la condición del amo y de la condición del criado. La gente



Frasco, uno de los pocos amigos de Federico que van quedando en Valderrubio.



Mercedes Delgado García, 93 años, prima del poeta y vecina de Frasquita Alba.

con posibles y la gente sin posibles: «Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón» (Bernarda).

Bernarda, como es frecuente en la sociedad rural de la época, tiene conciencia de su clase acomodada: «No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase. ¿Es que quieres que las entregue a cualquier gañán?»

Se refiere Bernarda a otro personaje real de Valderrubio, Enrique Humanas:

«Mi sangre no se junta con la de las Humanas mientras yo viva! Su padre fue gañán».

Las criadas también establecen sus diferencias:

«La Poncia.—Nosotros tenemos nuestras manos y un hoyo en la tierra de la verdad.

Criada.—Es la única tierra que nos dejan a las que no tenemos nada.

La misma Criada, dice, después de enterrar al amo:

«Sí, sí ¡vengan clamores! Venga caja con filos dorados y toalla para llevarla! ¡Que lo mismo estarás tú que estaré yo! Fastídate, Antonio María Benavides, tieso con tu traje de paño y tus botas enterizas. ¡Fastídate! ¡Ya no volverás a levantarme las enaguas detrás de la puerta del corral».

«Quince de ellos la contrataron para llevársela al olivar»

Peña y Maximiliano son igualmente hombres de Valderrubio, que aparecen con sus anécdotas en *La Casa de*

Bernarda Alba. Peña era conocido por su mala follá y le ocurrió lo que Prudencia le cuenta a Bernarda.

«Ya sabes sus costumbres. Desde que se peleó con sus hermanos no ha salido por la puerta de la calle. Pone una escalera y salta las tapias y el corral».

Y la de Maximiliano queda así:

La Poncia.—Hablaban de Paca la Roseta. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron en la grupa del caballo hasta lo alto del olivar.

Bernarda.—¿Y ella?

La Poncia.—Ella tan conforme. Dicen que iba con los pechos fuera y Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Un horror!

Bernarda.—¿Y qué pasó?

La Poncia.—Lo que tenía que pasar. Volvieron casi de día. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza.

Bernarda.—Es la única mujer mala que tenemos en el pueblo.

La Poncia.—Porque no es de aquí. Es de muy lejos. Y los que fueron con ella son también hijos de forasteros. Los hombres de aquí no son capaces de eso».

De ese ambiente erótico campesino, palpable en la obra, Federico recoge otro hecho ocurrido en alguna de aquellas aldeas. La Poncia explica a las hijas de Bernarda, que han llegado los segadores, que son cuarenta o cincuenta mozos:

«Anoche llegó al pueblo una mujer vestida de lentejuelas y que bailaba con un acordeón, y quince de ellos la contrataron para llevársela al olivar. Yo las vi de lejos. El que la contrataba era un muchacho de ojos verdes, apretado como una

gavilla de trigo» (...) «Hace años vino otra de estas y yo misma di dinero a mi hijo mayor para que fuera. Los hombres necesitan estas cosas».

Francisco García Lorca nos ofrece otro testimonio importante. María José, que figura en la obra como abuela de Bernarda, no era en la vida real la abuela de Frasquita, pero si un personaje auténtico que Federico captó en otra casa para colocarlo en *La Casa de Bernarda Alba*.

«Esta María Josefa —escribe Pico García Lorca—, que así se llamaba en la realidad, era la abuela de unas amigas nuestras y lejanísimas parientas, a cuya casa íbamos de niños. La anciana era víctima de una locura erótica que afloraba en un incongruente y continuo discurso, de ritmo acelerado, lleno de reiteraciones y expresado en una voz pequeña, preciosamente timbrada, según creo recordar. Guardo muy clara la imagen, en cambio, de su cabeza, finísima... de pelo entrecano y rubio.

El automatismo de su conversación está recogido y poetizado en la obra, y no sería aventurado pensar que alguna frase de la María Josefa verdadera haya pasado a la obra. Los trozos poéticos en boca de este personaje, que podrían atribuirse a una técnica de tendencias surrealistas (encadenamiento de asociaciones semiconscientes o inconscientes) obedecen en la tragedia al deseo de reproducir el incongruente automatismo del habla de aquel poético ser real. El acierto del poeta ha consistido, no en recordarlo, sino en ingerirlo en el ambiente de *La Casa*, convirtiéndolo, así, en la proyección imaginada, polo de poesía y locura, de todos los personajes de la obra».

El hermano del poeta, en su estudio sobre *La Casa de Bernarda Alba* afirma que «ninguno de los personajes creados es fiel reflejo de su remoto modelo, salvo, como decía, en el detalle. Los acontecimientos y personajes que no forman parte de *La Casa* y que aparecen en escena (Prudencia, La Poncia), o simplemente se mencionan, proceden sin embargo, no a datos de realidad, sino a exigencias del mecanismo de la trama creada. El personaje de Adela, soporte de la tragedia, es enteramente creación del poeta, salvo el nombre, que procede de una realidad circundante, y que los hombres provienen todas de la realidad...»

La ambientación es tan real que cuando pregunté a Mercedes Delgado García, si había leído la obra, contestó:

—Me impone a mí...

—¿No ha leído ninguna?

—Sí, alguna, *La Zapatera prodigiosa*...

Está todo tan igual, como si viviera, que es verdad, es que me impone. Podían haber dejado tranquilo a Federico. ■ A.R.E. Fotos: Pepe Garrido y Armando López Murcia.